

Los llevan suspendidos por pies y por hombros; los brazos, les cuelgan rígidos; las manos, arañan el suelo. Descansan los azadones, cantan los sapos en el fondo de los prados, y los muertos van al fondo de la fosa. Un capellán castrense bendice la tierra. La tropa se descubre y hace la señal de la cruz. Entre la niebla y la luna danzan las siluetas confusas de dos soldados que apisonan la tierra, y el camillero que ha recogido la cabeza trunca, se limpia en la yerba las manos pegajosas de sangre. Luego, para disipar las ideas tristes, todos trincan aguardiente esparcidos sobre la orilla del camino.

¶ CAP. XVIII

El carro se detiene delante de un hospital con tres hileras de ventanas iguales, a la entrada de la villa de San Dionisio. Muchas casas tienen hundida la techumbre; otras, derribado algún esquinal; las acacias de la plaza también muestran las huellas del bombardeo, y son tantas las ramas desgajadas, que cubren el camino como una alfombra. En el hospital, todas las ventanas están sin cristales. Las tres mujeres penetran tímidamente en el zaguán, y una monja halduda, con grandes tocas y gran rosario pendulando de la cintura, les sale al encuentro. Las dos hermanas, al verla, comienzan a sollozar con ex-

trema congoja, y la monja las toma de las manos y las lleva por un corredor blanco, alumbrado, a grandes trechos, por lamparillas de petróleo. Sobre el muro se desenvuelve un vía crucis, y en el vasto silencio de la santa casa, resuena el alarido de una mujer doliente. Las dos niñas, con el pañuelo sobre el rostro, sofocan su congoja, y la monjita habla consolándolas con una voz balsámica. La madre va detrás, atónita, deshecha, agotada. Pasa presurosa una mandadera con ropa blanca:

—¡Ave María Purísima!

—¡Sin pecado concebida!

Empuja la puerta que hay entornada hacia el final del corredor, y brevemente se ve a otra monja vieja, sentada en una silla baja, poniendo los pañales a un recién nacido. Las

dos hermanas vuelven los ojos a la madre y se abrazan a ella crispadas y dando gritos. La profesa las empuja suavemente, las lleva a una sala grande, blanca, cuadrada, fría en fuerza de limpia y desnuda.

## ¶ CAP. XIX

Cuando entra el médico, la monjita se retira a la puerta y espera allí, bajos los ojos y las manos en cruz. El médico es un viejo enjuto, con el gesto apasionado y expresivo de los grandes habladores. Saluda al entrar:

—¿Qué tienen estas niñas?

Luego, viéndolas afligirse, murmura con la voz conciliadora y simpática:

—¡Bueno, ya sé lo que tienen! ¡No se apuren, hijas mías!



Se sienta cerca de la madre:

—Primero será bien que nosotros dos celebremos consejo.

La madre mira obstinadamente sus manos cruzadas, y alza las cejas:

—Sí, señor, sí... ¿Usted ya está enterado...?

—De todo, hijas, de todo... Dicen que es la guerra... ¡Mentira! Nunca el quemar y el violar ha sido una necesidad de la guerra. Es la barbarie atávica que se impone... Todavía esos hombres tienen muy próximo el abuelo de las selvas, y en estos grandes momentos revive en ellos. Es su verdadera personalidad que la guerra ha determinado y puesto de relieve, como hace el vino con los borrachos.

Una de las muchachas murmura crispada:

—¡Es el odio a Francia!



El médico la mira lleno de simpatía y le estrecha la mano:

—Es el odio al mundo clásico, hija mía. Odio de incluseros a los que tienen abolengo.

Aquel viejo enjuto, de ojos hundidos, velados por largos párpados como las águilas, tenía en la voz una sinceridad apasionada que comenzaba a ganar el corazón de las tres pobres mujeres. La madre es blanca, pesada, con el rostro enrojecido por las lágrimas: Hace recordar esas muñeconas ajadas y maltratadas que deshechan los niños. De las dos hijas, sólo la más pequeña tiene los rasgos de la madre. Carolina, la mayor, es alta, delgada, con una palidez lunaria, y los ojos negros, cargados de tristeza. Aun no ha desaparecido por completo la sonrisa de su boca, que debió ser llena de gracia. Tiene el ca-

bello fosco, y cuando lo aparta de la frente, descubre sobre las sienes dos rincones de locura. Enriqueta, la menor, es rubia, muy infantil, y tan blanca y fina de tez, que toda la cara tiene escaldada de llorar. El médico se levanta, mira de cerca el rostro de las dos muchachas, las pulsa, y, finalmente, las ruega que se pongan en pie. Con una mirada seria y profunda las recorre de arriba abajo:

—¡Bueno! Ya estoy enterado... Ahora no conviene molestarlas más. Ahora que descansan. Mañana haremos un reconocimiento detenido...

La mayor de las muchachas se dejó caer en la silla, tapándose la cara con las manos:

—¡Doctor, yo no quiero tener un hijo de los bárbaros!... ¡No quiero llevar este conta-

gio conmigo! ¡Si usted no me liberta de esta cadena, yo me mataré!

Acabó en una crisis nerviosa, torciendo los ojos, rechinando los dientes, y levantándose con grandes botes de la silla, entre los brazos de la madre y la hermana, que habían acudido a sostenerla. Salió de aquel estado pálida, ojerosa, contrita, hablando en voz muy tenue, con una expresión de dolor desvalido, de vida miserable que se acaba:

—¡Haber nacido para esto! ¡Haber vivido para esto!

## ¶ CAP. XX

Cerca del amanecer llega un convoy de heridos. Bajo las acacias desmochadas se tienden cuarenta carros de la Cruz Roja. Falta

sitio, y las monjitas belgas, refugiadas en aquel hospital de una villa francesa, ofrecen sus celdas y sus lechos, blancos como altares, para los soldados de la República. Los corredores rebosan de heridos. Yacen las camillas a uno y otro rumbo del muro, formando una vía dolorosa llena de quejas y largos ayes. Algunos heridos leves, pálidos y soñolientos, con los vendajes salpicados de sangre y de barro, descansan en los bancos del locutorio. La escalera está llena de soldados dormidos, con las mochilas por cabezal: Se arrebujaban en pardas mantas, exhalaban un vaho húmedo: Son bisoños aspeados, y tan rendidos de fatiga, que, al entrar bajo techado, tiran la mochila por delante y se tumban.—Los corredores están llenos de movimiento, de voces y de lodo. En el ca-

mino que forman las dos hileras de camillas, los clavos de las fuertes botas militares dejan su impronta. Al ruido de los pasos, una mano, que muestra su lividez bajo la suciedad del barro y de la pólvora, levanta el hule del cabecero:

—¡Me muero de sed! ¡Me muero de sed!

Es una voz sofocada. Se ve la frente envuelta en vendajes de gasa con roeles de sangre fresca, y todo el rostro desaparece bajo los vendajes. De otras camillas se escapa una queja débil, de otras palabras acalenturadas, estertores, gritos de delirio, también hay algunas en silencio profundo, como féretros. Los gritos, las suplicaciones, las frases caóticas devanadas sin tregua, hacen babel. Un herido no cesa de gritar:

—¡Los ingleses! ¡Los ingleses!

Retiembla la camilla, saca los brazos agitando las manos:

—¡Los ingleses! ¡Los ingleses!

Y siempre lo mismo, el mismo sopor inexpressivo en el grito, el mismo pensamiento oscuro dando vueltas como la piedra de un molino. Era más angustioso de oír que una queja desgarrada. Otro herido da voces heroicas; otro, ríe con gran jolgorio:

—¡No te vayas, Juana! ¡Escucha, Juanita!... ¡Ja, ja!... ¡Si no te pellizco!

## ¶ CAP. XXI

En la sala de operaciones, blanca e iluminada, médicos y enfermeros con delantales, no se dan reposo lavando heridas, restañan-

do la sangre, rasgando vendajes. Sobre los tableros de mármol, las lámparas de alcohol levantan sus lenguas azules; los ayudantes desinfectan tijeras y pinzas; el olor del clorofórmico, olor a manzanas, satura el aire. El Doctor Verdier murmura mientras desnudan a un herido:

—Me temo que seamos desbordados... Habrá que ver de habilitar la iglesia, porque aquí pronto nos faltará sitio. ¿Y paja? ¿Tendremos paja para hacer camastros?

Está librándose una gran batalla; se oye el bombardeo lejano y constante. Patrullas de caballería, carros de ametralladoras, convoyes de municiones escoltados por tropas de infantes, desfilan sin intervalo por la única calle de la villa, para ir a perderse en la bruma del Suroeste.



## ¶ CAP. XXII

Desde hace muchos días, ingleses y franceses bombardean sin tregua las líneas alemanas, en tierras de Flandes y Picardía. Todos los caminos de la retaguardia están llenos de carros y de tropas: No cesan de cruzar automóviles del Estado Mayor. En algunos parajes el barro es tanto, que los soldados se entierran hasta la cintura, y los carros no pueden rodar. Largos convoyes quedan horas y horas detenidos sobre la cuneta de las carreteras, al socaire de los árboles que desmocha la metralla: Horas y horas, hasta que llega una orden con el cambio de ruta.—La vasta línea del horizonte se abre



con el relámpago de los cañones, son tantos, que su claridad se enlaza, y parece un enorme pestañeo de la tierra en tinieblas. Desaparecen los ejércitos en el silo de sus parapetos, y en la negra llanura sin hombres, el estruendo de las bocas de fuego tiene la resonancia religiosa y magnífica de las voces elementarias en los cataclismos. Las tropas acantonadas en la retaguardia, sienten el impulso unánime de correr hacia delante: Los soldados abren el corazón a la victoria, y los caballos saludan con sensuales relinchos el caliente olor de la pólvora. En medio del horror y de la muerte, una vena profunda de alegría recorre los ejércitos de Francia. Es la conciencia de la resurrección.—Los artilleros, enterrados en sus casamatas, regulan el tiro de los cañones con un sentido matemá-

tico y devoto, como artifices que labrasen las piedras de un templo. Es la religión de la guerra, y como las almas tienen hermandad, sus palabras son breves: Por la virtud de la sonrisa y la luz de los ojos se comunican en el silencio: Cuando asomados a las troneras, contemplan el incendio de las granadas, cobran aquella expresión radiante que las santas apariciones ponían en el rostro de los místicos.

¶ CAP. XXIII

Las bombas caen en lluvia sobre las trincheras alemanas, las desmoronan, las escombran, las arrasan: Es un ciclón de fuego. Y la artillería teutona, si responde rabiosa en unos

parajes, en otros calla impotente para cubrir la extensa línea que los aliados atacan. Sus parapetos están llenos de muertos, y los soldados atónitos, huraños a los jefes, esperan el ataque de la infantería enemiga, sin una idea en la mente, ajenos a la victoria, ajenos a la esperanza. Eran los dueños de la fuerza, y advierten oscuramente que otra fuerza superior ha nacido contraria a ellos, contraria a los destinos de Alemania. Una sima profunda se abre en aquellas almas ingenuas y bárbaras, otro tiempo llenas de fe. Los jefes sienten la muda repulsa del soldado, el desasimimiento de la tierra invadida, el anhelo pacífico por volver a los hogares: Y a los que están en las trincheras se les emborracha para darle bríos, y a los que sirven las ametralladoras se les trinca con ellas porque no

puedan desertar, y el látigo de los oficiales que recorren la línea de vanguardia, pasa siempre azotando.

¶ CAP. XXIV

El grito enorme de la batalla estremece toda la tierra picarda. Las aldeas están llenas de soldados, de caballos, de carros de municiones: En las esquinas hay puestos de café caliente, y los ventorrillos de las carreteras, iluminados por una luz de petróleo, rebosan de uniformes: La lumbre de las pipas abre rojos reflejos en las caras que gesticulan en un vaho de humo, y se enraciman delante del mostrador. De tarde en tarde un soldado sale a la puerta, mira al cielo y tiende la

mano para cerciorarse de la lluvia. A lo largo del camino, carros de ametralladoras, carros de forrajes, carros de municiones, carros de artillería, esperan la orden de ruta: Cruzan automóviles con oficiales, y se pierden rápidamente en la niebla: Cruzan ciclistas con el fusil en banderola, jadeantes, obstinados sobre los pedales, y patrullas de caballería, y escuadras de infantes. Canta en la noche una gaita de escoceses; los cohetes abren sus rosas en el aire; los reflectores exploran la campaña, y los carros vuelven a rodar deshaciendo las carreteras. Tres hogueras, tres grandes hogueras, rojean sobre la llanura: Tres aldeas que los alemanes, al retirarse, han puesto en llamas.



## ¶ CAP. XXV

Algunos artilleros duermen sobre el heno, en el establo de una granja, y el imaginaria da voces golpeando en la puerta:

—¡Orden de partir! ¡Orden de partir!

Se saca el ganado tirando de las colleras, y se engancha a tientas. Lluve. Los artilleros, malhumorados, van de una parte a otra como sombras:

—¡Cochino tiempo!

Se tropiezan, se injurian, hacen estallar los látigos sobre las ancas de los caballos. Una voz interroga:

—¿Se sabe adónde vamos?

Y otra voz responde:



—¡Al baile de las peladillas!

—¡Qué noche de aguas!

Los caballos alargan el cuello sacudiendo las orejas bajo la lluvia. En la oscuridad, los hombres y las bestias con su halo de niebla, tienen una lentitud incorpórea. No puede distinguirse quien habla, y las voces están llenas de vaguedad, como si viniesen de muy lejos:

—¡Cochino tiempo y cochina guerra!

¡Cuándo acabará esto!

—¡Esto no acaba nunca!

Un soldado grita enfurecido:

—¡Sooo!... ¡El diablo tiene este ladrón!

¡Sooo, Fanfan!

Los conductores en el pescante de los carros, templan las bridas y restallan el látigo. La batería está formada sobre la carretera



fangosa. En una esquina, al abrigo de la iglesia, brilla el anafre de una vieja que vende café y aguardiente a los soldados, que, inclinados sobre el cuello de sus caballos, le tienden los vasos. La vieja va de unos en otros con la mano puesta sobre la faltriquera llena de calderilla:

—¡Buena suerte, mocines!

La batería rueda por la carretera llena de baches, entre ráfagas de lluvia, y ráfagas de viento que aborrasca la crin de los caballos. La oscuridad es tan densa, que los artilleros, sentados sobre los armones, no alcanzan a ver el tiro delantero, y la silueta del guía aparece apenas como una sombra indecisa y movediza. Los soldados guardan silencio, entumecidos y desalentados. De tarde en tarde, un gruñido:



—¡Cochino tiempo!

—¡Cochina guerra!

—¡Y esto no acaba nunca!

—Esto lo acabarán las mujeres.

Un soldado destapa la cantimplora del aguardiente, y se la ofrece al que va a su vera en el armón. El otro trinca:

—¡Es un viaje de recreo! ¿Y adónde nos llevarán los señores?

—Adonde no hagamos falta. En llegando, nos mandarán retirarnos.

—¡Si tuvieran goteras los autos del Estado Mayor!

Los armones rebotan en los baches. El barro salpica la espalda de los artilleros. El látigo estalla sobre las grupas de los caballos que galopan contra el viento y la lluvia, levantada la ola de la crin.

A lo largo de las líneas hay un silencio lleno de recelos. Se oye el resoplar de un tren que derrama su cabellera de chispas en la cerrazón de la noche.

¶ CAP. XXVI

¡Las Argonas! ¡Lluvia y viento! ¡Lluvia y viento a todo dar de Dios! Una silenciosa escuadra de peludos avanza en fila india chapoteando en el barro de la trinchera. El cabo explora el camino con una linterna sorda que abre ráfagas de luz en la negrura del foso. Son diez y seis hombres tristes y entumecidos, diez y seis voluntades sumisas al destino de Francia. Avanzan por la trinchera anegada, resbalando, cayendo, levan-

tándose cubiertos de cieno, resignados al viento, a la lluvia y a la muerte. De tiempo en tiempo, entre el sordo rumor de su marcha, se percibe el entrechoque de palas y zapapicos. En algunos parajes, la tufarada de podredumbre escalofría las carnes. En otros, el fuego de los cañones alemanes ha removido la tierra a tal extremo, que de la trinchera no queda el más leve vestigio, y los soldados se extravían en un lago de barro. Tomin, el cabo de la escuadra, explora el campo, y en voz baja da órdenes para abrir el desagüe. Los soldados trabajan con una resignación sombría, y un poso de odio para aquellos que invaden la tierra francesa: ¡Aquellos soldados chatos y brutales que cantan como salvajes, que combaten borrachos, que soportan el látigo de los oficiales, que son



esclavos en una tierra donde aun hay castas y reyes! Para los soldados franceses, el sentimiento de la dignidad humana se enraíza con el odio a las jerarquías: La Marsellesa les conmueve hasta las lágrimas, y tienen de sus viejas revoluciones la idea sentimental de un melodrama casi olvidado, donde son siempre los traidores, príncipes y reyes.

### ¶ CAP. XXVII

Los diez y seis hombres de la escuadra trabajan en silencio: Están a pocos pasos de las líneas alemanas y el más leve rumor puede descubrirles: Abren una zanja que en pocos momentos se atuye de agua fangosa. Las alambradas rotas y retorcidas salen de entre



el barro desgarrándoles la carne, y cavan enredados en ellas. Cuando los cohetes se encienden en el aire, los peludos franceses quedan inmóviles en el lago de cieno. De tarde en tarde una ametralladora perdida en la noche, desgrana sus truenos: El sonido se esfuma a intervalos en las ráfagas del viento y la lluvia, tiene repliegues profundos como si tomase la forma quebrada del terreno: Se revela de pronto, y de pronto se amengua, en una línea llena de dramatismo. Los soldados prolongan la zanja hasta un barranco, y el agua se precipita haciendo torrente. Comienza a perfilarse la forma de la trinchera. Aparecen algunos muertos enracimados en el fondo, y los soldados van sacándolos de entre el cieno y alineándolos sobre el talud. Desentierran dos ametralladoras retorcidas



como virutas. El cabo mete su linterna por la boca de los abrigos: La luz tiembla sobre el agua dormida, las ratas trepan asustadizas por el muro de tierra, y unas botas negras e hinchadas rompen el haz de la charca. Las aguas hacen un círculo en torno. Los pies del muerto tienen un ligero vaiven. El cabo murmura:

—Dejaremos para mañana achicar el agua.

Un peludo se acerca, y mete la cabeza atisbando por detrás del cabo:

—¡Aquí parece que no se ha salvado ninguno!

El cabo le mira por encima del hombro:

—¡Las ratas!

—¡Esos ya descansan!

—Pues tú no te cambiarías por ellos... Y al cabo, si no hoy, mañana, todos estaremos así.



Se alejan encorvados bajo el temporal. Se oye el rumor del agua que baja al barranco.

El soldado murmura:

—¡Si la guerra acabase!...

—¿Tú, qué gente tienes allá abajo?

—Mujer y tres hijos. ¿Y tú?

—¡Nadie!

—¿Eres soltero?

—Soy divorciado.

El cabo mete la linterna por la boca de otro abrigo. La luz tiembla sobre el agua negra. Un perro de lanas nada teniendo en los dientes el brazo de un cuerpo que se hunde. Se ve la mano lívida. El perro nada hacia la luz.



## ¶ CAP. XXVIII

Palidecen las estrellas del alba, y comienza el relevo de tropas en todo el frente de batalla. Las columnas de soldados avanzan por cientos de caminos. Los que van a las trincheras fuman ahincadamente la pipa, y distraen los ojos sobre la campaña, hablan con ingenua sonrisa, tienen el rostro encendido del frío, y el mirar sereno. Por las carreteras se perfilan los largos convoyes: Unas veces, inmóviles, tendidos a lo largo de los pueblos bombardeados; otras, rodantes; otras, descansando a la sombra de las alamedas. Los soldados que tornan de las trincheras caminan en silencio, dispersos, rezagados, cubier-



tos de barro, el rostro en gran palidez, y los ojos atónitos bajo el ceño obstinado. Las formas de las cosas se revelan en la luz indecisa del alba. Negros trenes cargados de tropas cruzan sobre puentes de bruma, con gran estrépito de hierros: Huyen por las llanuras, aparecen y desaparecen entre boscajes, jadean por altos terraplenes. A retaguardia del enorme foso que ondula desde el mar a los montes alsacianos, los pueblos bombardeados salen de la noche con la expresión trágica de la guerra. Ciudades cercadas por serenos ríos, villas sobre provinciales carreteras, aldeas entre prados, levantan sus ruinas frente al campo de batalla. Las casas, negras del incendio, con la techumbre hundida entre los cuatro paredones, y desmoronándose las tripas de cascote, son ruinas de una emoción árida y

acongojada. Muchas ya tienen su recinto lleno de ortigas y lagartos. Los cementerios militares se tienden a la vera de los caminos, entre los pueblos quemados y saqueados.—¡Campos de cruces, húmedos campos de aquel verde triste y cristalino que tiene la emoción remota y musical del divino sollozo con que se ama!—Los cementerios marcan la línea de las batallas, y las tumbas francesas y las alemanas están cavadas a la par. La bruma del alba se sutiliza sobre las ruinas, se desgarrá en las cruces, vuela ingrávida sobre el enorme foso desde los montes alsacianos a las marinas flamencas, y en este lívido tránsito de la noche al día comienzan a perfilarse las formas de los muertos. Hay parajes donde se amontonan, y otros de muchas leguas llenos del canto de

los pájaros, como olvidados de la matanza. Este momento frío y gris, en que el soldado al salir de las tinieblas de la noche, mira en torno suyo los compañeros muertos, las ametralladoras rotas, la trinchera desmoronada, es el más deprimente de la guerra. Las tropas vuelven de las trincheras a sus alojamientos con una expresión de trágica demencia. Y al ventero, delante de la puerta donde se detienen a beber un vaso de vino; y a los viejos que labran los campos; y a las mujeres que guían un carricoche; a todos cuantos preguntan de la batalla, responden con el mismo gesto obstinado, con la misma voz apasionada:

—¡No pasarán!



## ¶ CAP. XXIX

Esta misma hora es de nieve y ventisca en los montes alsacianos, de niebla espesa en el mar, de fría lividez en la Champaña... Pero en las doscientas leguas de foso cenagoso, lleno de ratas y de resplandores, donde el peludo tiritita con las manos doloridas sobre el fusil, estallan las bombas desmoronando los parapetos, desgranán las ametralladoras sus truenos, se abre el eco profundo de las minas. Hay parajes llenos de ardor, de ira y de tumulto, que repentinamente quedan en silencio con sus largas hileras de muertos aplastados sobre la tierra. Grandes vuelos de cuervos se abaten bajo el cie-



lo del alba. Se queja el herido oculto en la maleza, y el que se arrastra por el borde del camino, y el otro cubierto de sangre, que se recuesta sobre el talud de la trinchera, y aquellos tan pálidos, con la frente vendada, que abren los ojos sobre el cabezal de las camillas. Las patrullas exploran el campo, y por las mil trochas que arriban a la línea de fuego, van los soldados en difuso deslayo. Para no resbalar en el lodo se apoyan en fuertes maquilas, y por distintas trochas los camilleros vienen y van. En alguna casamata, a la redonda de la estufa donde hierve el agua del café, los oficiales conversan de guerra y de mujeres. Son jóvenes, y para la vida y para la muerte tienen una sonrisa llena de gracia inconsciente, como en el tiempo de la gran Revolución.



## ¶ CAP. XXX

En la retaguardia velan los Cuarteles Generales. Suena de continuo el timbre del teléfono: Llegan soldados ciclistas cubiertos de lodo con un vaho de niebla: Se reciben noticias del frente de batalla, se transmiten órdenes, y los oficiales se encorvan consultando las grandes cartas geográficas. Cuando alguna vez nombran a los alemanes, lo hacen sin odio y sin jactancia, pero con aquel íntimo menosprecio que tuvo el latino por los pueblos extraños.—Para el alma francesa, armoniosa y clásica, el teutón continúa siendo el bárbaro—. Los timbres eléctricos no dejan de sonar, y todo se hace despacio, con



medida, sin nervios. De tarde en tarde aparece en la puerta de la vasta sala un oficial que saluda cuadrándose: Viene de la obscuridad, del barro, de la lluvia y trae un pliego. El general le estrecha la mano y le ofrece una taza de café caliente. Después le ruega que hable, con esa noble cortesía que es tradición de las armas francesas. Y otra vez los timbres, y las órdenes breves, y el esperar, el esperar atentos.

## ¶ CAP. XXXI

Sobre la gran llanura picarda, la batalla se encrespa. Por el laberinto de zanjas cavado a retaguardia de la primera línea de trincheras, y camino para llegar a ellas, avanzan escua-

dras de infantes ingleses y franceses, que corren en fila india, resbalando y chapoteando en el barro, anhelantes por llegar. Las bombas alemanas ruedan, encendiendo los aires en el caos gris de la niebla, y estallan, desmoronando los taludes. En algunas ocasiones queda cegado el paso, y la tropa desfila bajo la descubierta del fuego enemigo, ligera y dispersa. El vasto campo de la batalla se les aparece de pronto, nebuloso y profundo, estremecido de instante en instante por las lumbres y el trueno de los cañones. Agazapándose, entran otra vez en el laberinto de zanjas, y caminan enterrados en el barro hasta las corvas, pero con un aliento nuevo. Pelotones de infantes arriban a la primera línea de trincheras por diversos caminos y en distantes parajes; el laberinto de zanjas es un

hormiguero de hombres. Sobre el talud que da vista al campo enemigo, las escuadras alínean sus fusiles, y hacen fuego por descargas. Los torpedos, al estallar, destruyen los parapetos y sepultan a los hombres; trazan en el cielo su lenta curva; caen humeantes; abren hoyos profundos. Y, en el fondo de la llanura, flamea sobre el cielo negro el resplandor de tres aldeas en llamas, rodeadas de clamores:—Un cerco de mujeres trágicas que abrazan a sus hijos, y de viejos que levantan los brazos.

## ¶ CAP. XXXII

Filo del amanecer, la infantería de los aliados se lanzó fuera de sus trincheras, asaltando las defensas alemanas. Los soldados,